

CAPÍTULO SÉPTIMO

LAS PRIMERAS DIFICULTADES

En 1668 Rancé tuvo que afrontar ya serias dificultades de trato con otras Órdenes. La fama de la vida que se hacía en la Trapa provocó, de hecho, numerosas defecciones en otras familias religiosas que estaban viviendo duros momentos de reforma, a veces caracterizados por fuertes enfrentamientos internos. Parece que la Trapa produjo un atractivo verdaderamente excepcional en el campo de las vocaciones, porque el programa de esta comunidad, bajo el impulso de su abad, fue claro desde el principio: Rancé había abandonado todo para seguir el camino de la absoluta penitencia, y ni él ni sus monjes se alejaron nunca de aquel camino. Esta claridad y la solidez que siempre, aun en los momentos más difíciles, la comunidad testimonió en torno a su abad, fueron las dos fuerzas de su aventura, a veces arriesgada.

Pero vayamos al tema que nos interesa: las primeras dificultades a las que Rancé tuvo que hacer frente.

Los celestinos¹ estaban atravesando un momento tormentoso de reforma retardada. La gran casa de Saint-Victor² había sido reformada por el cardenal La Rochefoucauld, pero estaba muy lejos de la unidad. Dom Jacques Puiperrou y dom Pierre Le Nain, el primero celestino y el segundo del monasterio de Sanit-Victor, quisieron entrar en la Trapa. Casi con seguridad, ellos hubieran podido vivir de forma más austera en su respectiva comunidad, pero esto les habría puesto inevitablemente en desacuerdo con sus hermanos, y, en su búsqueda de perfección, se dirigieron hacia una comunidad en que no hubiera facciones. Todos sabían que quien se presentaba como postulante a la Trapa estaba seguro del programa de vida que le esperaba, en una comunidad unida y en paz. Por eso ellos solicitaron entrar en la Trapa.

Cuando se corrió la noticia de su opción, el efecto fue, como mínimo, demoledor, y muchos de sus compañeros quisieron seguirlos. El gran número de abandonos llegó hasta poner en peligro la existencia de la Orden celestina, bastante poco numerosa, y de la misma comunidad de Saint-Victor. De hecho, muchos compañeros de don Pierre lo siguieron a la Trapa, aunque no perseveraron. Fueron también muchos los benedictinos de Saint-Maur y de Saint-Vannes³, pero sólo uno de ellos continuó en la Trapa. Para calmar los ánimos y restablecer las buenas relaciones, Rancé se vio obligado a estipular un acuerdo con el provincial de los celestinos, y los padres benedictinos obtuvieron incluso un Breve papal de Roma para prevenir posteriores defecciones. El extraordinario nivel de reclutamiento de la Trapa provocó una verdadera autodefensa por parte de los superiores de las otras Órdenes, pero Rancé sostuvo siempre que su mejor defensa consistiría en una reforma seria.

Los postulantes coristas que habían sido admitidos a la Trapa en 1667 eran tres, y los tres relacionados con Port-Royal: Jacques Puiperrou, a través de un grupo de monjes celestinos que simpatizaban con los jansenistas, Benoit Deschamps y Pierre Le Nain, con la ayuda de sus respectivos compañeros. Además, en 1668 Rancé había reanudado, al cabo de siete años, los contactos epistolares con d'Andilly, y después con Pontchâteau y con su viejo amigo don Le Roy, a cuyo prior, don Rogobert, había recibido en comunidad como postulante. Estos hechos nos obligan a hacer una aclaración, aunque de ellos hablemos luego de forma más detallada, sobre Rancé y el Jansenismo.

Hemos de comenzar diciendo que Rancé tuvo siempre amigos entre todas las formas de fe jansenista, y mantuvo tales amistades aun después de su conversión.

Al comienzo de su experiencia, el estilo de vida de la Trapa atrajo sobre todo, y era muy normal, a aquellos que tenían una cierta inclinación al reformismo y estaban buscando un lugar donde poner en práctica este deseo, tanto si se trataba de Port-Royal, explícitamente partidario del Jansenismo, como de otra comunidad cualquiera. Entre todas estas experiencias, la Trapa parecía ser la más transparente, la que encarnaba de modo más perfecto el deseo de vivir un cristianismo sencillo y austero. Además, debemos subrayar que en la Trapa estaba absolutamente prohibido proseguir estudios de teología, y hasta hablar de esta clase de temas.

Rancé, como siempre, era el primero en dar ejemplo, rehusando lo más mínimo verse envuelto en los debates que por entonces atraían a toda Francia. La vida de trabajo, de oración y de austera penitencia manifestaban concretamente cuál era el único interés del trapense, su único ideal: buscar a Dios y sacrificar la propia vida por su gloria.

La paz de la Iglesia, de 1669⁴, creó las condiciones de distensión necesarias para una comunicación más fácil entre los pertenecientes a las distintas facciones. Los Jansenistas fueron los más libres para moverse.

Los que de entre ellos eran monjes, tuvieron la tentación de pedir el traslado a la Trapa, y muchos lo solicitaron. Al mismo tiempo volvieron a comenzar los enfrentamientos internos en la Orden Cisterciense; algunos espíritus ardorosos, animados por el fuego reformador, quisieron emular el género de vida de la Trapa, y dieron comienzo a otras experiencias parecidas. Así, Jacques Benzeradt en Orval⁵, a ejemplo de Beaufort, pidió consejo a Rancé, y quiso enviar a la Trapa a dos o tres monjes, para que allí fueran formados según el nuevo espíritu de la observancia. Los monasterios de Châtillon y Hautefontaine se asociaron a este movimiento independiente de reforma en el interior de la Orden. Don Le Roy había incluso pedido y obtenido el consentimiento del rey para abdicar de su cargo a favor de Rigobert, y quedó desconcertado por el rechazo que éste último presentó, y que, de hecho, rehusó la responsabilidad, ante el veto de Rancé.

Por este mismo tiempo, en la Trapa se hicieron cada vez más frecuentes las visitas de jansenistas; entre éstos, el hermano de don Pierre, el famoso Le Nain de Tillemont⁶, y Quesnel⁷. Por eso fueron muchas las personas que en poco tiempo conocieron de cerca la vida de la Trapa, y, como consecuencia, se difundió muchísimo su fama entre los que amaban la vida austera. Rancé, aunque había afirmado con frecuencia y con mucha fuerza la propia neutralidad, no pudo librarse completamente de la obligación de responder a tales peticiones.

A partir de 1671, se introdujo en la historia de la Trapa otro nuevo elemento de discordia: fue estampado un librito con la descripción de la vida del monasterio. Se titulaba *Description de l'abbaye de la Trappe*, obra de Félibien, quien publicó también, y sin autorización de Rancé, los *Règlements de l'abbaye de N.D. de la Trappe*⁸. A partir de aquí, la fama de la Trapa se extendió como mancha de aceite, y ya nada pudo detenerla. Pero con la fama llegaron también los primeros problemas. Poco a poco aumentaron y se convirtieron en un río, que alimentó abundantemente la costumbre, tan extendida en el siglo XVII, de hacer que la mínima disputa acabara en una verdadera guerra de *Pamphlets*⁹. Todo esto acontecía mucho antes de que Rancé comenzara a publicar sus obras.

La muerte de Vaussin y la elección, en su puesto, de J. Petit¹⁰, crearon por un momento la esperanza de mejoramiento de las relaciones entre las dos observancias de la Orden. Pero, por desgracia, tal esperanza no fue más allá de la convocatoria retrasada del capítulo general de 1672, y los hechos que precedieron y que siguieron a este discutible capítulo fueron un tanto oscuros. Rancé, a primeros de mayo, partió para el Císter, como era su deber, pero, habiendo recorrido apenas siete leguas, fue atacado por una violenta fiebre que le obligó a volver a la Trapa. Aquí su salud mejoró tanto que le permitió escribir – 5 de mayo de 1672 – una importante carta, dirigida al abad general¹¹, en la cual deploraba el estado en que se encontraba la Orden, y se excusaba por su forzada ausencia del capítulo en curso. Todo nos hace pensar en una enfermedad diplomática. Rancé era, con seguridad, conocedor del estado de gran perturbación que estaba atravesando la Orden, a causa de los dramáticos acontecimientos que en febrero último habían conmocionado el Císter y a su abad. Quizá esto, o la incapacidad del mismo J. Petit de convertirse en mediador de paz y de unidad, le habían aconsejado esta hábil maniobra. El capítulo se abrió el 16 de mayo, y enseguida se vio clara la intención de doblegar la reforma. En efecto, se solicitó, y fue concedido por el papa Clemente X, un nuevo Breve, en el cual se corregía el número de definidores para los reformados, y venían concedidos sólo seis, en vez de los diez concedidos en el Breve de Alejandro VII, del 19 de abril de 1666. Los padres reformados, por boca de don Pierre Mary de Cadouin, se opusieron a este Breve y lo tacharon de irregularidad, pues todo se había hecho en el más absoluto secreto, y ni siquiera los cuatro proto-abades – La Ferté, Pontigny, Clairvaux y Morimond¹² – sabían nada de esta

petición. Don Petit parece que no dio ninguna importancia a esta protesta y, con actuaciones del todo irregulares y canónicamente ilícitas, nombró él mismo los definidores y, más aún, ofreció a Rancé el cargo de visitador, pero obtuvo un rechazo. Estaba claro, desde 1667, que Rancé nunca más habría de aceptar otro cargo distinto del de abad de su monasterio. Desde aquel 1672, Rancé interrumpe las relaciones con el Císter y con Petit, aunque continúa reconociendo su autoridad. Por su parte, Petit y sus defensores, y quizá también algún abad *abstinente*, comenzaron a desaprobar el comportamiento de Rancé y la manera de dirigir su monasterio, pero todo acabó aquí. Nuestro abad, de hecho, por las cartas que le llegaban de las abadías reformadas y por las informaciones de abades amigos, llegó a enterarse del proyecto de don Petit, de hostigar a la Trapa, y tomó las medidas necesarias para defenderse. Puesto que don Petit se había autonombrado visitador general de la Orden, atribuyéndose el derecho de visitar la Trapa, Rancé llevó la cuestión al juicio de los maestros de la Sorbona, y el 15 de julio de 1672 tuvo una respuesta favorable, que alejaba definitivamente el peligro. Porque ni siquiera el abad del Císter podía arrogarse el derecho de visitar un monasterio que no pertenecía a su filiación. Las constituciones eran claras, y la Trapa pertenecía a la filiación de Claraval.

Al comienzo de este mes de julio aconteció también otro hecho, que tuvo consecuencias, a decir verdad, clamorosas: la llamada *cuestión de las humillaciones fingidas*.

En junio de 1671, Rancé había recibido con alegría en su comunidad, durante una o dos semanas, a su amigo Le Roy. Durante la estancia, Le Roy presenció un pequeño incidente que le sucedió al maduro novicio, don Paul, el conocidísimo monseñor Hardy, excanónigo y ex-teólogo de Alet. Éste era reo de haber usado su habitual tono retórico, en vez de expresarse de forma sencilla y directa, y el maestro de novicios, don Rigobert, se lo había reprochado. El novicio había aceptado la penitencia humildemente, y todos habían quedado edificados; todos, menos don Le Roy. Rancé, ante las quejas de su amigo, explicó la importancia que, según él, tenía la humildad, y especialmente cómo era fundamental inculcarla a los novicios, aun a costa de exagerar la corrección por cosas insignificantes o errores involuntarios. Le Roy se sintió tan contrariado por este modo de ver las cosas, que, decidido a demostrar sus razones, empleó todo un año para buscar apoyo a su punto de vista y para hacer una disertación que desaprobaba la doctrina de Rancé sobre las humillaciones. Por obligación de justicia, debemos decir que esta doctrina no la había descubierto Rancé, sino que la había tomado de la doctrina de S. Juan Clímaco.

Le Roy no era sólo amigo de Rancé, sino valioso teólogo y director de conciencia muy conocido y seguido.

El principal punto de fricción estaba en el empleo de expresiones como *mentiras* y *ficciones*, de donde provenía la incomprensión de la posición de Rancé. Éste distinguía entre el reproche hecho aun por errores mínimos, que, a juicio del superior, podían traer consecuencias graves, y el querer encontrar errores aunque no los hubiera. Todos admitían, eso sí, que si el superior se había equivocado al reprender a un inocente, la reprensión se debería aceptar dócilmente y sin defenderse, sabiendo bien que nunca hay nadie completamente inocente. Pero esto es algo muy distinto de buscar sistemáticamente humillar sin motivo.

El enfrentamiento entre los dos contendientes llegó en julio de 1672. Rancé había enviado a Le Roy una respuesta razonada y de circunstancia a las críticas abundantes que habían circulado contra la utilización de las *ficciones*. La *Dissertation* de Le Roy llegó a la Trapa casi al mismo tiempo, cruzándose en el camino. Con sorpresa, se la llevaron a Rancé unos monjes de Heisterback¹³, que iban a conocer el monasterio. Esta querrela se prolongó de forma encubierta hasta el 1677 y, cuando se declaró ruidosamente junto con otras cuestiones, causó muchos disgustos y amarguras, como veremos bien en lo sucesivo.

El 1673 trajo otros problemas. Lo primero de todo, porque murió Jouaud, y Claude Le Maître de Châtillon¹⁴ se convirtió en el nuevo jefe de los 'abstinentes'.

Además, como consecuencia de las protestas del abad de Claraval, líder de la afiliación más numerosa de la Orden, contra el modo de actuar del abad general, se había formado un tercer bando, una tercera vía entre la *común* y la *stricta observancia*. El 27 de marzo, una sentencia del gran consejo remitía a las partes al juicio de Roma. En un primer momento, Rancé,

desanimado y amargado, respondió negativamente a la invitación insistente de sus coabades, de que fuera a París a la asamblea de los *abstinentes*. Pero luego cedió, y se dobló a la voluntad de la asamblea. Llegó a París cuando sus compañeros abades se estaban preguntando si sería oportuno hacer una solicitud directamente al rey, con la intención de acortar el tiempo del proceso en curso. Su gran devoción a la corona le llevó a responder afirmativamente.

Él escribió *Requête au Roi*, la cual, junto con el documento de los abades, fue presentada al soberano, que se encontraba en Nancy. Esta maniobra tuvo su efecto. Louis, muy dolorido por las continuas peleas, nombró una comisión para que estudiara la cuestión e indagase a fondo. Fue encomendada a los comisarios la facultad de anular la dura sentencia de Roma. La batalla de los *pamphlets* se recrudeció posteriormente, y hasta Rancé publicó uno: *Eclaircissements sur l'état présent de l'Ordre de Cîteaux*. Además, tres de los comisarios: Fieubet, Caumartin y Harlay, arzobispo de París, conocían a Rancé. Retz prometió también su ayuda, sobre todo en los encuentros entre pasillos, tan importantes también entonces para la resolución de los problemas de este tipo. Arnauld, que había visitado la Trapa en 1673, prometió un apoyo importantísimo por parte de Pomponne, hijo de d'Andilly. Rancé se esforzó mucho en la defensa de su observancia. Salió varias veces del monasterio, a pesar de verse atacado por una grave enfermedad, una especie de *calor continuo*, fiebre alta, tos y dificultad de movimientos. En noviembre de 1674 tuvo que ir a París por dos semanas. No quiso hospedarse en el colegio de S. Bernardo, sino que fue a la Institución del Oratorio, ambiente mucho más tranquilo, recogido y bastante cercano al colegio. Halló tiempo para visitar a las carmelitas de rue Saint-Jacques, donde encontró, entre otras, a madame La Vallière, recién convertida. En junio de este mismo año había tenido lugar su vestición solemne, y Rancé quiso hacerle una visita por la amistad que ciertamente le unía a ella desde hacía mucho tiempo, pero también porque sus vidas y sus conversaciones tenían mucha semejanza. Sor Louise de la Misericordia, éste era su nombre de religiosa, había nacido en Tours en 1644. Perdió a su padre cuando tenía sólo diez años, y se trasladó a Blois, donde su madre tomó como tercer marido al mayordomo de Gaston. Permaneció en Blois con la familia hasta la muerte de Gaston y, tanto en Blois como en Tours, tuvo posibilidad de conocer a Rancé. Louise le Blanc de La Vallière en 1661 se hizo damisela de honor de Henriette-Elisabeth, duquesa de Orleans, y hacia julio conoció a Luis XIV por medio de otro miembro de la corte de Gaston, el duque de Beauvillier. En 1663 dio un hijo al rey, y a poco más de un año nació el segundo; ambos murieron de pequeños. En 1667 nacieron una niña y un niño, que se criaron bien. La grave enfermedad que la atacó en 1670 fue el acontecimiento que provocó el inicio de su conversión. Su amiga, Ana de Gonzaga, afirma que Louise, en espíritu de penitencia, quiso servir personalmente durante tres años a la terrible madame de Montespan, que la había hecho sufrir mucho con su temperamento insoportable. En el mismo año moría Henriette-Elisabeth. Este acontecimiento afectó muy profundamente a nuestra Louise, la cual, el miércoles de ceniza, 10 de febrero de 1671, decidió retirarse al convento de las carmelitas de Chaillot, con la intención de permanecer allí al menos por un tiempo. Pero por orden del rey fue devuelta a París menos de doce horas después. Sin embargo, su amigo Bellefonds velaba por ella y quería a toda costa sacar esta ascua del fuego con la ayuda de Bossuet y a pesar de la indignación del rey. La decisión fue tomada hacia 1674. Louise quiso dejar un recuerdo a sus dos hijos. Encargó un retrato al pintor de la corte, Mignard, y después entró en el Carmelo. Poco antes de marchar, escribía así a Bellefonds: “! Finalmente dejo el mundo! Lo hago sin nostalgias, pero no sin dolor. Mi debilidad me había retenido en él largo tiempo sin gusto o, por mejor decir, con mil quebraderos de cabeza”. Y poco después: “Hace dos días que estoy aquí, tan tranquila y satisfecha que admiro la bondad de Dios¹⁵”. Rancé la escribió al poco tiempo, el 19 de marzo de 1674. Conservamos sólo un pequeño fragmento, pero muy significativo, de la carta, casi una admonición: “Vivir en esta penitencia exterior y al final perderse, no son cosas imposibles¹⁶”. Louise emitió los votos en junio de 1675. Bossuet predicó durante la Misa.

En enero de 1675, nuestro abad tuvo que hacer de nuevo una larga permanencia en París, y allí volvió en abril a toda prisa, dejando en la Trapa a monseñor Bellefonds en retiro y a monseñor Hardy¹⁷ en el lecho de muerte. Podemos, por tanto, imaginar con cuánta relucencia se

ausentaría del monasterio y que sólo la obediencia obtenía su consentimiento¹⁸. No obstante todos estos sacrificios y estas importantes ayudas, el 19 de abril de 1675 llegó la sentencia del gran consejo, que era favorable a la 'común observancia'. Cómo llegaron a este resultado, después de estar tan cerca de la victoria, no es ciertamente un misterio. Lo primero de todo, el empeño de Petit que, para contrarrestar el trabajo de la comisión, había redactado un documento en el cual describía a los 'reformadores' como si se tratase de revoltosos, llenos de orgullo y de pretensiones; lo había hecho circular por toda Europa y, por medio de emisarios, había conseguido que lo firmara un buen número de abades. Con esta firma, los reformadores aparecían como los únicos culpables del desorden y de la agitación que reinaba en la Orden, y, por consiguiente, se podía inducir fácilmente a los jueces a emitir una sentencia de condena contra ellos. Además de esta maniobra desleal, Petit puso en práctica otra igual, que tendía directamente a convencer al rey de cómo estaba en peligro el prestigio de Francia, si de algún modo se veía disminuida la autoridad del abad del Císter. El príncipe de Condè obtuvo hábilmente el efecto deseado, y Louis XIV obligó a la comisión a que condenara la reforma. Quizá el golpe más fuerte para los reformados fue la decisión de que podrían reunirse en cualquier momento, pero bajo la presidencia del abad del Císter. No nos detenemos en subrayar la aberración de esta sentencia, emitida precisamente por quien había querido la reforma de las Órdenes religiosas aun para el bien del estado.

Esta sentencia, para Rancé, significó el final de toda su actividad a favor de los 'reformados', o de cualquier otra intervención en el ámbito de la Orden. Así confesó su amargura al obispo de Séz, monseñor Forcoal: "Confieso que he vuelto de París absolutamente decidido a no retornar más allí, confirmado en todas las impresiones desagradables que tenía antes, con la determinación decisiva de romper toda relación con el mundo, de ocultarme para siempre y para cualquiera ...; pondré en práctica, si Dios lo quiere, estas palabras del profeta: 'Ve, pueblo mío, regresa al secreto de tus moradas, cierra la puerta detrás de ti, escóndete por un momento, hasta que haya pasado la ira¹⁹". Esto, monseñor, significa que yo me enterraré en un sepulcro y esperaré en el reposo y en el silencio la eternidad de Dios, que se avecina²⁰".

Los numerosos amigos a quienes confió su amargura, y la decisión de no salir más del monasterio, quizá no le creyeron; pero él fue hombre de palabra y, literalmente, no dejó ya la clausura durante los veinticinco años siguientes, esto es, hasta el día de su muerte, excepto cuatro breves visitas al próximo monasterio de Les Clairets.

Rancé, en este momento tan difícil, pensaba poner un límite decisivo a las distracciones y a las actividades no propiamente monásticas, y quizá esperaba poder finalmente vivir en la paz y en el retiro. Por desgracia, los años siguientes no le permitieron ni lo uno ni lo otro.

NOTAS

- ¹ Todas las noticias relacionadas con esta Orden se pueden encontrar en la biblioteca del Arsenal, en París:MS 5145, *Histoire des Célestins en France*.
- ² Monasterio fundado en 1108-1109 por Guillermo de Champeaux en la periferia de París. Se hizo famoso por la escuela filosófica y teológica de la que fue cuna. A esta escuela pertenecieron muchos personajes ilustres, con el nombre de victorinos.
- ³ Congregación benedictina, que realizó la reforma de la Orden benedictina en Francia, bajo el reinado de Luis XIII, en el año 1618. El nombre de S. Mauro le viene de su fundador, considerado el primero que introdujo la Orden benedictina en Francia. De esta congregación se separó la de Saint-Vannes.
- ⁴ Llamada 'paz clementina', porque fue promulgada por el papa Clemente IX, Julio Rospigliosi.
- ⁵ Orval, abadía de la diócesis de Trèves. Charles de Bentzeradt (1635-1707), monje de este monasterio desde 1656, quiso reformarlo, a partir de un encuentro con Rancé. La reforma, después de muchas dudas, se inició realmente en 1672.
- ⁶ Pierre Le Nain, hermano de Sébastien de Tillemont (1631-1698) famoso historiador y jansenista.
- ⁷ Pasquier Quesnel (1634-1719) entró en la congregación del Oratorio en 1657. Fue guía de los jansenistas después de la muerte de Arnauld.
- ⁸ Primeros *Reglamentos* practicados en la Trapa
- ⁹ Estos panfletos tenían un tono difamatorio o burlesco
- ¹⁰ El abad Jean Petit (1628-1692), profeso del Císter, sacerdote en 1653, y doctor en derecho canónico. Fue elegido abad también con la aprobación de Rancé. Muy dotado intelectualmente, autoritario y puntilloso, acabó separando lo que tenía que haber llevado a conciliación
- ¹¹ Corr., I, 5 de Mayo de 1672, p. 472-474.
- ¹² Estos monasterios fueron las cuatro primeras fundaciones del Císter.
- ¹³ Corr., I, 6 de Julio de 1672, p. 472-474 y p. 448-455.
- ¹⁴ Claude Le Maistre (1633-1693), abad de Châtillon, donde había profesado en 1650. Pariente de Arnauld y amigo de su vecino Le Roy, estuvo habitualmente en contacto con la abadía de Orval. Ofreció asilo a Nicole y a otros jansenistas
- ¹⁵ J. Lair, *Louise de la Vallière*, París 1881. carta para Bellefonds.
- ¹⁶ Corr., I, 19 de Marzo de 1674, p. 620.
- ¹⁷ Corr., II, para Dom Robert Hardy, Abril de 1682, p. 631.
- ¹⁸ Ibid., I, final de Octubre 1674, p. 649.
- ¹⁹ Is 26,20.
- ²⁰ Dubois, V, c. VIII, p.509.